

II Domingo Cuaresma

Génesis 22,1-2. 9-13.15-18; Romanos 8, 31b-34; Marcos 9, 2-10

«*Éste es mi Hijo, el amado; escuchadlo*»

4 Marzo 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«*Por haber hecho esto y no haberte reservado tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa*»

La imagen del monte nos es de gran ayuda en el camino de esta cuaresma. Un comentario refleja nuestra actitud muchas veces en la vida: *«Estamos muy ocupados con billones de actos pequeños que sólo sirven para salir adelante. De modo que no adquirimos la costumbre de contemplar nuestras vidas desde fuera y decirnos: ¿esto es todo? ¿Es esto todo lo que quiero? ¿Me falta algo?»*¹. El valle nos hace caminar sin mirar con cierta distancia nuestra vida. Estamos demasiado preocupados de lo urgente, de lo necesario y nos olvidamos de lo gratuito. Nos dejamos llevar por la vida frenética y, sin embargo, no avanzamos. El protagonista de la de la película «El castor» decía: *«La locura es fingir que como están ahora las cosas es como tienen que estar toda tu vida»*. Nos conformamos con nuestra vida tal y como es sin confiar en que puede cambiar; la convertimos en rutina, en una obligación ineludible y no somos capaces de ver, con algo de objetividad, en qué podríamos mejorar. Subir al monte nos ayuda a tomar distancia de nuestra pequeña vida con sus problemas diarios. Caminar a las alturas, y olvidarnos por un momento de todo lo que nos agobia e inquieta, es una necesidad, no sólo un consejo. Es fundamental que aprendamos a buscar el silencio dejando detrás el bullicio, aunque nos cueste mucho, por eso es bueno que nos preguntemos: *«¿Por qué nos incomoda el silencio? ¿Por qué encontramos alivio en tanto ruido?»*². El ruido del valle es el bullicio de nuestra propia vida, llena de pequeños y grandes problemas, llena de urgencias y necesidades. Es el ruido que no nos permite saber qué cosas pueden cambiar en todo lo que hacemos. Nos acostumbremos al ruido y nos cuesta el silencio. El tiempo de Cuaresma nos anima a buscar el silencio. En el monte encontramos paz. **¿A qué monte podremos subir para ver, con algo de distancia, aquello que en el día a día nos inquieta tanto?**

Algunos consejos nos vienen bien en estos días de Cuaresma para recorrer el camino con esperanza: *«Aprende a apreciar lo que tienes antes de que el tiempo te enseñe a apreciar lo que tuviste»* Porque podemos caer en la queja constante, sin valorar los grandes y pequeños triunfos de cada día. Nos quejamos de lo que nos falta y vivimos inquietos buscando compensaciones. No nos alegramos de lo que vivimos, porque siempre echamos algo de menos, porque no es todo perfecto y no somos capaces de disfrutar con las cosas simples. Otro consejo que nos anima: *«Nunca te des por vencido si sientes que puedes seguir luchando»*. El tiempo de Cuaresma es una invitación a la lucha, a no descansar, a no bajar los brazos. La subida al monte nos sugiere esfuerzo y voluntad firme para seguir adelante. No nos desanimamos por la dureza del camino. No tiramos la toalla ante la menor adversidad. Ya lo decía Toni Nadal, el tío de Rafael Nadal: *«Todos los que se enfrentan a una dificultad tienen algo de miedo. Creo que la diferencia entre unos y otros es que unos lo superan y otros no. Todo el mundo o casi todo el mundo se pone nervioso cuando se le presenta un reto. Si uno es responsable, algo de miedo o de nerviosismo le aparece. Al final te acostumbras a convivir con esos miedos»*. Es el miedo a perder, a no llegar a la cima, a las cumbres. Pero el miedo no puede con nosotros

¹ Mitch Albom, «Martes con mi viejo profesor», 83

² Ibídem, 70

cuando lo miramos de frente y seguimos el camino confiados. Sabemos que podemos llegar a lo alto, la confianza en la fuerza de Dios nos alienta. No avanzamos gracias a nuestros méritos, a nuestros talentos, sino gracias al Espíritu de Dios **en nuestras vidas, que nos sostiene y levanta en los momentos más delicados del camino.**

Para poder entregar lo que no nos pertenece es necesario tener un corazón muy libre y sin apegos. Porque, en realidad, ¿Qué nos pertenece? ¿De dónde proceden todos nuestros derechos? Creemos tener derecho a la vida, pero es un don, nos es dada. O derecho a un trabajo digno o a tener hijos propios. Y con tranquilidad enumeramos una lista de derechos que protegemos con esfuerzo. Y siempre construimos sobre una esperanza, la promesa de felicidad de Dios en el corazón. En esos momentos, cuando más atados estamos a nuestros planes, puede Dios pedirnos lo más difícil: *«En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán, llamándole: -¡Abrahán! Él respondió: -Aquí me tienes. Dios le dijo: -Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécelo allí en sacrificio, en uno de los montes que yo te indicaré»*. La petición suena excesiva. Dios le había regalado el hijo propio, aquel que había nacido contra toda esperanza, porque Sara era estéril. Ese hijo que iba a hacer realidad la promesa hecha por Dios en la primera Alianza. Dios le había prometido una descendencia tan numerosa como las arenas de la playa y como las aguas del mar. Y la esterilidad de Sara hacía absurda esa promesa. En ocasiones me toca acompañar a personas que llevan en su pecho la misma promesa de plenitud y la sienten frustrada. Tropiezan ellos también con una esterilidad incomprensible en sus vidas. Si Dios ha puesto un deseo en el corazón, ¿por qué no surge vida? La respuesta del hombre ante lo que no comprende es la frustración. Abrahán no había comprendido la esterilidad de su mujer. Había esperado y confiado en la promesa, había buscado medios humanos que facilitaran el camino, había recurrido así a su criada Agar, de la que nació Ismael. Él parecía ser el hijo de la promesa. **Hasta que Dios le había dado un hijo propio, un hijo de Sara, Isaac. Era el hijo esperado y soñado.**

La experiencia que sostiene la vida de Abrahán es la de la pobreza. Es necesario recorrer un camino importante en nuestra vida, el camino que nos lleva a experimentar nuestra pobreza y nuestros límites. Es necesario que aprendamos a ser pobres para poder ser libres. Siendo pobres lograremos tratar con cariño a los pobres, a los que no tienen grandes fortunas, a los que no nos pueden ayudar en nada si nosotros los ayudamos, a los que necesitan y nos hacen experimentar la importancia de la solidaridad. Dice Benedicto XVI en su reflexión de cara a este tiempo de Cuaresma: *«Precisamente la humildad de corazón y la experiencia personal del sufrimiento pueden ser la fuente de un despertar interior a la compasión y a la empatía»*. Así, siendo pobres, recordaremos que nuestra vida no es un don, porque todo lo recibimos de forma gratuita y nos abriremos a las vidas que suplican misericordia, que piden nuestro amor. La crisis nos hace entonces más conscientes de nuestra pobreza. Porque todo cambia de un día para otro, y no tenemos derecho a nada. Necesitamos sentirnos pobres para poder suplicar ayuda a Dios y a los hombres, abajarnos para que Dios nos eleve. Es la experiencia de sabernos necesitados, menesterosos, incapaces de caminar siempre solos. No obstante, esta pobreza nos permite vivir felices con lo que Dios nos regala cada día, el pan de cada día. Esta pobreza nos libera del deseo del corazón de asegurarse el futuro y hacer planes. A menudo caemos en la tentación de reclamarle a Dios lo que no nos ha entregado, como si tuviéramos derecho a todo lo que soñamos. Si no guardamos nada para el día siguiente, venciendo el miedo a no tener, podremos pasearnos vacíos ante Él, libres y felices. Podremos ser pobres y vivir con paz en medio de la tormenta. **Confiaremos en lo que Dios nos da cada mañana, sin temer al futuro.**

Se trata de la confianza que Dios regala a los que aprenden a ser pobres, y los capacita para vivir como los juncos anclados en el lecho del río. Los juncos se inclinan sin oponer resistencia, porque, si resisten, se quiebran. Queremos llegar a ser pobres como el junco que luego, en su pobreza, vuelve a levantarse. Pobres para tomar nuestra vida en nuestras

manos vacías y entregársela a Dios. Pobres, para servir sin pretensiones y ponernos en el último lugar sin esperar nada a cambio, simplemente confiando. Sólo confiando. Con el alma herida como los niños pobres. Sin embargo, nos cuesta mucho atrevernos a seguir el camino señalado para nosotros. Porque no nos gusta vernos pobres. Nos llenamos de derechos y pretensiones, anhelos y deseos que no son pobres. ¿Dónde está nuestra pobreza? ¿Cómo llegar a ser pobres? Lo repetimos todos los días. Lo repetimos al contemplar a Cristo pobre en nuestras manos. Lo abrazamos heridos en este caminar de la Cuaresma. Besamos su dolor y su muerte. Quisiéramos estar vacíos de nosotros mismos, para poder encontrar algo de paz. Abrazamos, en silencio, su presencia esquiva en el corazón. Pobres, como niños pobres. Como hijos en la cruz. La soledad y la pobreza de la cruz nos ayudan a acoger y besar nuestra pobre cruz. Porque es pobre el madero que sostiene un cuerpo pobre. No sabemos caminar si no confiamos. **Sólo logramos suplicar, con la inocencia de los niños, con la pobreza de los que saben que no tienen derechos.**

A partir de ese momento, cuando nos hacemos pobres, podemos acoger los deseos de Dios en nuestra vida. Entonces todo parece tener un nuevo sentido. A veces sucede, cuando nos salen bien las cosas, que llegamos a pensar que Dios, ahora sí, actúa y conduce nuestros pasos. En esos momentos nos alegramos y pensamos que por fin Dios va a ser fiel a su promesa, porque nos quiere, porque se ha fijado en nosotros. Corremos el riesgo de pensar que ahora que no sufrimos cruces es cuando Dios sí que es fiel. Y podemos llegar a exclamar, cuando notamos su mano misericordiosa: « ¡Cuánto nos quiere Dios! ». Vemos que Dios es justo con el justo y sonreímos. Isaac crecía y vivía con paz, porque la promesa se hacía real en su vida y en la de Sara. Nada podría entonces entorpecer el camino rumbo a las cumbres. ¿Por qué no dura eternamente esa felicidad que acariciamos en la tierra? La eternidad es nuestra promesa. En el camino abrazamos la cruz para acoger la vida. Nuestro corazón corre el riesgo de apegarse a los planes propios, a las propias decisiones y olvidar que es Dios el que conduce. Tal vez por eso es que, cuando todo iba tan bien, surge el imprevisto. Dios le pide a su hijo Abrahán que se lo entregue todo. Lo quiere libre para Él. Le pide al hijo de la promesa, le pide la realización concreta de todos sus sueños, le pide su apego a sus planes humanos. Dios le pide el desasimiento total, la actitud más absoluta de desprendimiento. Dios nos pide muchas veces que soltemos las cadenas que nos atan a nuestros sueños, a nuestra concreción de la promesa. Sus caminos no son nuestros caminos. Y no entendemos. Pero lo cierto es que Dios no se conforma tan solo con una parte de nuestro ser, lo quiere todo. No le bastan nuestros gritos de alabanza cuando todo parece ir bien. Ni nuestras muestras de cariño cuando la vida nos sonríe. **Quiere que nos abandonemos, que dejemos que Él guíe nuestra vida. Pero nosotros nos resistimos.**

A María Dios le promete un Hijo que traerá la salvación al hombre. En la anunciación, al visitar a su prima Isabel, María está llena del Señor y se sabe tocada por la mano del Altísimo. El hijo de Isabel salta de alegría. ¿Cómo temer entonces cuando todo parece tan seguro? Sin embargo, el camino de María pasó por el desprendimiento más absoluto. María era Madre, la Madre de un Niño que iba a hacer realidad la gran promesa que vivía en el corazón del hombre, en el corazón del pueblo judío. Lo cuidó con cariño en Belén y huyendo a Egipto sin entender. Lo educó y vivió con Él esos 30 años de misterio en Nazaret. Se apegó como se apega el corazón de una madre al corazón de su hijo. Lo vio crecer con alegría y soñó, tal vez, que pronto vería la realización de todas las promesas. Aunque, en realidad, no comprendía demasiado el camino de Dios y meditaba todo en su corazón. Con humildad de hija amó a Cristo y se alegró de los pasos que le iba viendo recorrer, cuando compartía sus días, sin prisas, en Nazaret. Luego, en la distancia de la vida pública, entendió que todo se haría pronto realidad, que la promesa al fin tomaba rostro. Hasta ese día en que cayó María, con dolor, al pie de la cruz. Su rostro nos recuerda el rostro de Abrahán subiendo al monte para ofrecer a su hijo. De rodillas, María, llena de dolor, llena de confianza, ofrece a su Hijo, igual que Abrahán. Lo entrega todo y no se

reserva derechos. No duda, entrega lo que no es suyo, ese Hijo que ya no le pertenece, porque siempre fue de Dios. Se hace libre pronunciando el sí más difícil de su vida, el sí más oculto en las sombras de una muerte incomprensible. El sí lleno de sangre, herido, en el silencio más aterrador de Dios muerto. El sí definitivo a un camino que parecía oculto en medio de la noche y la tormenta. Un sí aparentemente absurdo y sin sentido; pero un sí pleno y lleno de esperanza. Un sí que parecía poner punto final a la realización de la promesa. **¿Por qué Dios crea el deseo si luego no permite que se haga realidad? Sus caminos, no son nuestros caminos. Y hace falta mucha confianza para no dudar.**

Porque el pensamiento normal es pensar que, el hecho de que Dios nos pida que renunciemos a lo que más queremos, nos parece cruel. ¿Por qué hace Dios esa petición que nos acaba rompiendo el alma? Nos sigue sorprendiendo que Dios nos pida lo que más necesitamos para vivir, para que podamos llegar a tocar la plenitud, para ser hombres de verdad. No entendemos que sea necesaria una petición tan loca e hiriente, tan llena de dolor. Tal vez estamos tan atados a nuestro deseo, a lo que llena el corazón, que nos parece imposible vivir de otra manera. Nos hemos acostumbrado a una vida determinada y pensar en algo diferente nos resulta de locos. Sin tomar distancia, sin subir a lo alto de un monte para ver la vida de forma diferente, pensar en dejar lo que en este momento llena el corazón es una locura impensable e inalcanzable con nuestras propias fuerzas. El camino de Abrahán, el camino de María, es nuestro propio camino. Aprender a recorrer esta senda es parte de nuestra vocación a la santidad. Dios nos exige desapegarnos para atarnos al único que nos regala la plenitud de la promesa. **Sin miedo a perder, con la confianza de saber que lo damos todo. ¿Qué tenemos que entregarle a Dios? ¿Qué nos ata?**

La disponibilidad de Abrahán choca con nuestra poca apertura a desprendernos de nuestras ataduras y de nuestros planes. Abrahán obedece sin dudarlo: *«Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo»*. El padre y el hijo caminan hacia la libertad del corazón. Tal vez Abrahán era esclavo de sus deseos. Tal vez no se había puesto totalmente en manos de Dios. Es lo mismo que nos ocurre a nosotros, que vivimos apegados a lo que deseamos y no queremos dejar nada de lo que amamos. Decía el P. Kentenich: *«La relación con Dios es una relación de amor; y si es realmente así, ello supone un paulatino desprendimiento de mí mismo. El trato con Dios exige paralelamente que el orante se desprenda de sí mismo y de todo lo que no sea Dios o esté contra Dios. Tenemos que hacer pequeños sacrificios para que toda nuestra vida sea un único y gran acto de amor»*³. Amar a Dios, experimentar el amor de Dios en nuestra vida, nos lleva a liberarnos de todas nuestras ataduras. Pero nos cuesta entregarlo todo. Los apóstoles, que acababan de escuchar la posibilidad de la cruz en sus vidas y en la de Cristo no entendían. Tenían el corazón apegado a sus planes. No comprendían que la muerte de sus proyectos pudiera ser el camino de plenitud que en su corazón soñaban. **Por eso era tan necesario subir al Tabor.**

Porque allí, en lo alto del Monte Tabor, van a comprender el misterio del amor de Dios, del mismo modo como Abrahán entiende en el monte Moria que Dios lo ama. Porque el amor de Dios es liberador, y sana nuestras heridas, abriéndonos a una nueva esperanza. El amor de Dios se manifiesta en la voz del ángel: *«Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: - ¡Abrahán! Abrahán! Él contestó: - Aquí me tienes. El ángel le ordenó: -No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo tu único hijo. El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo: -Juro por mí mismo -oráculo del Señor-: Por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido»* Génesis 22,1-2. 9-13.15-18. La bendición de Dios quedó

³ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 153

grabada en el corazón de Abrahán para siempre. Sólo gracias al amor manifestado por Dios es posible caminar en su presencia. Por eso es posible entonces hacer realidad las palabras del salmo: *«Caminaré en presencia del Señor en el país, de la vida. Tenía fe, aun cuando dije: « ¡Qué desgraciado soy!» Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo, en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén».* Sal 115. 10 y 15. 16-17. 18-19. Es la presencia de un Dios que nos salva. Un Dios que hace posible la promesa porque su amor es grande. **Pero necesita nuestra libertad, necesita que confiemos sin asegurarnos la vida.**

Todos necesitamos esperanzas para seguir caminando, para no ceder a la noche y perder el camino. *«En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: -Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».* El otro día me contaban unos padres la reacción de su hijo pequeño al contarles que su abuelo había muerto. El niño se quedó pensando. Los padres le dijeron: *«Ahora el abuelo está en el cielo. Está con el tío y con otros familiares, no está solo».* Su hijo, algo pensativo, preguntó: *« ¿Y está también con Goya?»* Al parecer lo estaba estudiando en el colegio. Al escuchar que sí, que también estaba con él, se quedó mucho más contento y tranquilo. Porque todos necesitamos una esperanza cuando escuchamos la dureza de la vida y de la muerte. Hasta los niños que no quieren que aquellos a los que quieren estén solos. Lo mismo que los discípulos que estaban apenados y desconfiaban. Por eso Jesús los llevó consigo al Monte. Para que desde allí comenzaran a ver todo de forma diferente. Allí iban a poder tocar a Dios, su amor, y comprender que ya nunca iban a estar solos. Es la realidad más grande en nuestra vida, la que nos sostiene, es la certeza del amor de Dios: *«Estaban asustados, y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: -Éste es mi Hijo amado; escuchadlo».* La promesa de Dios se hace real en esa voz. Dios está con nosotros todos los días de nuestra vida. Jesús no se desentiende de nosotros: *«Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, más aún resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros?»* Romanos 8, 31b-34. La promesa se hace carne. Jesús acompaña nuestro caminar. Decía el P. Kentenich: *«Precisamente eso es lo trágico de nuestra vida. El Señor nos ama, y nos dice tanto de su amor. ¿Y nosotros? “Oh Dios, Tú estabas dentro de mí y yo está fuera de mí”, decía S. Agustín. Demasiadas veces estamos fuera de nosotros»*⁴. Necesitamos ir a lo profundo de nuestro corazón para escuchar su voz, la voz de su amor que nos sostiene. Es la subida al monte que tenemos que hacer. **Subiendo al monte podremos llegar a lo más profundo.**

Tenemos que aprender a recordar las experiencias del amor en nuestras vidas, para luego poder seguir el camino: *«De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: -No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de “resucitar de entre los muertos”».* Marcos 9, 2-10. El amor se hace concreto y surge un nuevo camino. Ante Abrahán aparece una víctima para el sacrificio: *«Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo».* La fe se hace camino y el camino nos lleva a la vida en el valle. El amor va abriendo puertas que pueden seguir nuestros pasos y nos sostiene. Entonces ya es posible caminar porque comprendemos que Dios no se desentiende de nosotros. Somos sus hijos amados. Su amor nos da alas para confiar y abandonar nuestros temores. **Necesitamos recordar siempre ese amor y no olvidar nunca su promesa.**

⁴ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 33